

CIENCIA FICCIÓN

Algis Budrys

MICHAELMAS

Los peligros planteados por la manipulación de los medios informativos al empezar un nuevo milenio...



La Tierra está a punto de empezar un nuevo milenio y, como si la humanidad hubiera recobrado al fin la cordura, los eternos problemas de la injusticia, la guerra y el desorden parecen irse arreglando lentamente. Incluso existe un proyecto espacial conjunto para iniciar la exploración del Sistema Solar...

Lo que nadie sabe es que esta benéfica evolución del planeta es obra de un hombre solo. Laurent Michaelmas, ayudado por lo que empezó siendo un aparato para llamar por teléfono sin pagar las tarifas y que ha terminado siendo el ordenador más potente del planeta, Domino, manipula cuidadosamente los hilos de la política y la economía para llevar a la Tierra hacia una situación más justa y estable. Michaelmas y Domino, juntos, son un Dios solitario y melancólico que vela por los destinos de la humanidad. Con Michaelmas, Algis Budrys consigue una estremecedora extrapolación que advierte sobre los peligros planteados por la manipulación de los medios informativos y consigue fundir una emocionante trama de aventuras con el retrato de un mundo en el que ya estamos viviendo, aunque a veces no nos demos cuenta.

Para Sidney Coleman, amigo mío y de este libro.

NOTA DEL AUTOR

En este proyecto me ayudaron de formas tan efectivas como variadas A.C. Spectorsky, Carl Sagan, Jan Norbye y James Dunne, Ed Coudal, William B. Sundown, Slim Sandres, Chuck Finberg, Ed y Audrey Ferman, Bob Kaiser, Brad Bisk, Don Borah, Marshall Barksdale, la continua presencia en mi mente de James Blish, y, sobre todo, Edna F. Budrys; en orden simultáneo.

Esta novela contiene partes de una versión mucho más corta y considerablemente distinta que se publicó en el *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, de A.J. Budrys.

UNO

Cuando estaba solo, como esta noche, Laurent Michaelmas se consideraba sumido en un estado anímico bastante peligroso y siempre intentaba salir de él. Pasaba de un canal de aventuras a otro y veía cómo los hologramas hacían piruetas en su apartamento, fijándose en que los directores habían procurado que hubiese montones de acción, sin olvidarse de ir dejando el espacio suficiente para el espectador. Pero en momentos como ése la verdad es que no deseaba verse tan cautelosamente protegido de los proyectiles que cruzaban el aire o los personajes afligidos por toda una gama de sociopatías distintas.

Después pasaba a los canales de noticias. Estudiaba las técnicas de aquellos competidores que le parecía podían enseñarle algo nuevo. Tomaba nota de los nombres de aquellos directores y cámaras que encontraba buenos y acababa descubriendo que había acumulado toda una reserva de cumplidos que hacerle a sus conocidos de la profesión en cuanto volviera a verles, y tampoco deseaba eso.

Después probaba con los canales instructivos; los sólidos dramas clásicos, la ópera, los documentales; los programas de enseñanza..., pero su memoria ya contenía todos los dramas, y conocía todas las noticias y la mayor parte de los datos ofrecidos por los documentales. Y si había algo que necesitara conocer Domino podía encargarse de informarle rápidamente, por lo que no tardaba en hartarse de ellos.

Y cuando se hartaba, como esta noche, empezaba a ponerse nervioso. No se permitía la debilidad de acudir a los

canales románticos; no estaban hechos para él. Se limitaba a admitir que había llegado el momento de volver a ponerse en acción, y que eso era algo que sucedería inevitablemente de vez en cuando.

Estaba sentado ante la mesita del rincón, con los ojos cerrados, recordando lo que había escrito muchos años antes.

*Tus ojos, llenos de amor,
Cambian igual que la danza de las nubes.
Quiero sentirte, lluvia de verano.
Cayendo en mis pupilas.
A través del sol de nuestras vidas.*

Y apoyó la cabeza en los brazos por un momento.

Pero era Laurent Michaelmas. Tenía los ojos grandes y su cabeza, casi desprovista de cabello, reposaba sobre una mandíbula corta y ancha. Su torso era fuerte y musculoso, equipado con miembros hábiles y manos y pies capaces de actuar con gran precisión. Su personalidad pública contemplaba el mundo igual que un niño honesto y sincero capaz de hacer muchas cosas. Si las comisuras de sus labios hubieran apuntado hacia abajo la gran curva de su reluciente cuero cabelludo y la configuración de su mandíbula habrían hecho que se pareciera a una tortuga a punto de morder. Pero ni uno solo de los que formaban su público le había visto jamás así; normalmente sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa tranquilizadora.

Y cuando se movía sus pies calzados con unos lustrosos zapatos negros bailaban rápida y silenciosamente sobre aceras y suelos de madera, subiendo peldaños de mármol y avanzando por pasillos recubiertos de vinilo, entrando y saliendo de universidades, fábricas, sedes gubernamentales, barcos, aviones y bancos. Apenas había un lugar del mundo al que sus ocupaciones no pudieran acabar lleván-

dole, sonriente y cortés, una presencia tranquilizadora, su pequeño y achatado transceptor negro colgando de su hombro izquierdo suspendido por una tira de cuero, un clavel rojo recién cortado en el ojal de su traje negro.

Su sonrisa se ofrecía a los rostros de los poderosos tan libremente como a los de cualquier persona corriente, y hacía mucho tiempo que ya no se veía obligado a enseñar sus credenciales de periodista. Cuando estaba en Nueva York vivía en su piso de hombre solo, un apartamento situado en lo alto de un gran edificio que dominaba el Central Park. Pero la excelente situación del piso no le importaba demasiado, y nadie había visto su interior, pues era viudo desde antes de su *floreat* profesional. Gracias a ello no tenía que pedir disculpas por el Picasso de la época azul que colgaba sobre su escritorio, ni por el De Kooning, el Draque y el Utrillo que adornaban otras paredes del apartamento. Allí podía vivir como le gustaba. La mayor parte del tiempo una suave música barroca que no parecía venir de ninguna fuente concreta flotaba a su alrededor, estuviera donde estuviese, como si hubiera logrado que toda una pequeña orquesta le siguiera discretamente.

De repente una de las minúsculas luces piloto que constelaban la unidad de comunicaciones que descansaba junto a su codo empezó a parpadear, interrumpiendo sus melancólicos recuerdos. La luz era de color rojo. Los altavoces de la máquina emitieron un leve chasquido premonitorio.

—Señor Michaelmas.

La voz era reservada, el tono seco. Un hombre menos inteligente que él habría pensado que resultaba casi reprobatorio. Michaelmas se volvió hacia la máquina con una afable expresión de interés en el rostro.

—¿Sí, Domino?

—Tengo un boletín de noticias.

—Adelante. —Michaelmas siempre daba la impresión de apreciar en su debido valor hasta el último segundo de tiempo libre que alguien pudiera dedicarle. Era algo que le

había sido útil a muchos reporteros famosos antes que a él y, aparentemente, Michaelmas lo utilizaba siempre.

—Reuter ha difundido la noticia de que Walter Norwood no está muerto. Se encuentra casi totalmente recuperado después de un largo tratamiento y está listo para volver a ocupar su puesto.

Laurent Michaelmas se reclinó en su asiento. Unos cuantos pliegues de carne aparecieron bajo su mandíbula y enarcó una ceja. Juntó las manos, formando un puente con los dedos.

—Será mejor que me des el informe completo.

—De acuerdo. «Berna, 29 de septiembre. Según un científico que ha ganado dos veces el Nobel, Walter Norwood vive y se encuentra perfectamente. El *doktor professor* Nils Hannes Limberg anunció a las 0330, hora de Berna, que el astronauta Walter Norwood, al que se creía muerto después de que su lanzadera orbital quedara destruida sobre el Sahara, el mes de junio pasado, sufrió considerables heridas cuando su cápsula de emergencia se estrelló en un pico de los Alpes cercano al mundialmente famoso Sanatorio Limberg. Limberg afirma que la publicidad y el pedir ayuda y consejo a otras personas no habrían hecho sino interferir con el tratamiento adecuado. Ahora Norwood se encuentra cita mejor que nunca y tan pronto como ha sido médicamente aconsejable ha hecho pública la noticia fin de la cita. Limberg informó a la Comisión Astronáutica de las Naciones Unidas antes de hacer pública la noticia. La CANU ha informado de que Norwood está dispuesto a dejar el sanatorio en cuanto ésta se lo pida. Limberg ha dicho que todas las peticiones de una mayor información al respecto deben dirigirse a la CANU y no ha permitido el acceso de los medios de comunicación al sanatorio cita por el momento fin de la cita. Fin del boletín. Nota dirigida a los encargados de agencia: Estamos en contacto con la CANU de Europa. Reuter de África, por favor, hable con el Control Estelar de la CANU e informe a la mayor brevedad posible.

Reuter de Nueva York lo mismo con la CANU de allí. Reuter Internacional seguirá a la escucha. Fin del mensaje».

Laurent Michaelmasladeó la cabeza. Un instante después alzó los ojos, sin ver nada en particular.

—¿Crees que es cierto?

—Creo que lo dicho por Limberg sobre su forma de manejar el asunto le da mucha verosimilitud. Todo encaja con su carácter, desde el principio hasta el final. Basándonos en eso, la conclusión es que Norwood se encuentra vivo y entero.

—Maldita sea —dijo Michaelmas—. Maldita sea...

Las yemas de sus dedos se movieron distraídamente sobre la cálida madera satinada del escritorio. Las uñas de su mano izquierda eran bastante largas, mientras que las de su mano derecha estaban cuidadosamente recortadas y las puntas de los dedos mostraban unas considerables callosidades. Uno de los lados de su sala contenía un gran panel de terciopelo azul oscuro del que sobresalían unos delgados ganchos de latón, ganchos de los que colgaba todo un surtido de instrumentos de cuerda antiguos. Pero Michaelmas hizo girar su asiento y cogió una guitarra Martin Dreadnaught. Se encorvó hacia delante y se quedó inclinado pensativamente sobre el instrumento, la mano derecha tapando el gran cuello de la guitarra.

—Domino.

—¿Sí, señor Michaelmas?

—¿Qué tienes de los otros medios de comunicación?

—¿Sobre lo de Norwood?

—Sí y hasta nueva orden será mejor que le des prioridad en todo los datos que me pases.

—Comprendido. Primero, el resto de agencias están hablando con sus delegaciones de Suiza y de las Naciones Unidas, informándole de lo dicho por Reuter y preguntándoles qué diablos pasa. El hombre de la AP de Berna ha contestado diciendo que no ha conseguido sacarle nada a Limberg, y que no puede llegar al sanatorio... Está en lo al-

to de una montaña y el único camino que lleva a ella es privado. La UPI está pasando viejas cintas de Limberg y Norwood, con artículos de fondo sobre cada uno y un resumen del accidente sufrido por su lanzadera. No tiene nada definido; se están limitando a proporcionarle material con que llenar el espacio a sus abonados, y probablemente albergan la esperanza de tener algo claro pronto. Todos los sindicatos de agencias están haciendo básicamente lo mismo que ellos. —¿Y qué está haciendo la TASS?

—No están transmitiendo nada. Han hablado por teléfono con *Pravda* y con Berna.

Pravda va a reservar un espacio en la página tres de mañana y el hombre de la TASS en Berna está teniendo tan poca suerte como el de la AP. Le ha profetizado a su jefe que Limberg no tardará en celebrar una conferencia de prensa a gran escala; dice que no encajaría con el carácter del viejo quedarse callado después de soltar semejante bomba.

Estoy de acuerdo con él.

—Ya. ¿Y qué hacen las cadenas?

—Han reaccionado con gran interés pero están esperando a recibir más detalles de los servicios informativos. Las cadenas recreativas están pasando imágenes de Berna, el Oberland o cualquier montaña nevada que tenga a mano, acompañadas por un comentario en la banda sonora; leen rápidamente el boletín de noticias y luego se dedican a hacer anuncios publicitarios de sus canales de noticias asociados. Pero los canales de noticias se limitan a pasar metraje de archivo de lanzadera acompañado con imágenes del Jungfrau y el Finsteraarhorn. Nadie tiene más datos.

—De acuerdo, creo que podemos dejar que te encargues del asunto. Tengo la impresión que el doctor Limberg ha dejado estallar su bomba y se ha retirado a una posición preparada de antemano en la que pasar la noche. El siguiente sitio al que acudiré es la CANU. ¿Qué tienes al respecto? —Los dedos de Michaelmas entraron en contacto

con las cuerdas de la guitarra. La música ambiental dejó de sonar y la vibración de la guitarra resonó claramente en el repentino silencio. Michaelmas no le prestó atención, manteniendo el instrumento pegado a su cuerpo pero sin utilizarlo.

—Control Estelar ha decidido que ninguno de sus funcionarios hará declaraciones públicas hasta que no hayan preparado un comunicado oficial que ellos mismos se encargarán de emitir. Están haciendo circular dos borradores entre su junta directiva. Un borrador se reduce a expresar su sorpresa y alegría y el otro, naturalmente, es una expresión de pena ante las falsas esperanzas que han trastornado la decorosa pena que el mundo sentía ante el destino del coronel Norwood. No difundirán ninguno de los dos hasta que no tengan una confirmación de Berna. Un avión de la CANU está saliendo ahora mismo de Nápoles con rumbo a Berna y Ossip Sakal va a bordo de él; estaba pasando sus vacaciones allí. El vuelo no ha sido anunciado a la prensa.

»Los ingenieros de Control Estelar han enviado informes a todos los departamentos reiterando su opinión original de junio en cuanto a que el vehículo de Norwood quedó totalmente destruido y nada pudo salir de él entero. Obviamente, todo el personal de la CANU está siendo levantado de la cama para que puedan repasar sus evaluaciones.

Las manos de Michaelmas estaban jugueteando distraídamente con la guitarra. Notas y frases musicales brotaban del altavoz. Las pulsaciones inconexas hacían nacer asomos de melodías que se esfumaban antes de que tuvieran oportunidad de hacer gran cosa consigo mismas.

La máquina siguió hablando con su tono impasible de siempre.

—Control Estelar ha recibido una llamada telefónica del sanatorio de Limberg. La persona que llamaba fue identificada como Norwood por su voz, su aspecto y el contenido de la conversación. Confirmó la declaración hecha por Limberg. Le ordenaron que siguiera callado hasta que Sakal y

unos cuantos peces gordos de Nápoles pudieran llegar hasta él. A partir de entonces todos los puestos espaciales y departamentos de la CANU recibieron órdenes estrictas de Control Estelar, como se ha indicado anteriormente, y la prensa no ha sido informada de que Norwood llamara a la CANU.

—Has estado muy ocupado, ¿no? —Una serie particularmente afortunada de accidentes brotó de la guitarra. Al oírla Michaelmas parpadeó, sorprendido y complacido. Pero la guitarra le había distraído, por lo que la apoyó en la pared que tenía a la espalda. Se puso en pie y hundió las manos en los bolsillos, con los hombros rígidos y encorvados hacia delante. Después fue lentamente hacia la ventana y contempló la isla de Manhattan.

El milagro de Norwood —el milagro de Norwood y Limberg—, iba en camino de convertirse en un hecho, y la verdad era el menos importante de los factores que lo convertían en tal. Michaelmas acarició pensativamente el teléfono que había en el bolsillo de su pecho, que se mantenía en silencio tan sólo gracias a las funciones de secretaria ejercidas por Domino.

Sabía que vivía en un mundo repleto de sonidos mudos que clamaban por ser oídos, un mundo lleno de imágenes listas para convertirse en simulacros instantáneos. Por encima de él, flotando continuamente sobre su persona y sobre el mundo, había estaciones difusoras que palpitaban con miríadas de bits llenos de noticias y hechos carentes de importancia lanzados velozmente de una estación terrestre a otra, noche y día, de una órbita a otra, de la órbita sincrónica al scanner del horizonte, ascendiendo hasta los satélites suprasincrónicos que orbitaban el sistema Tierra-Luna, hasta que el diagrama de todos aquellos ángulos reflectantes y pirámides de comunicación hacía que la Tierra y su hermana fueran el centro binario de un gran globo facetado que se parecía terriblemente al anhelo secreto de Buckminster Fuller.

A su alrededor, desde la cima del edificio más alto y, a veces, llegando hasta las profundidades del mar, una red más densa, menos elegante y más frenética, lanzaba sus flechas de cada tipo de transmisor concebible a todas las clases de aparato receptor, volviendo a emitir las desde cada transceptor. No había ni un solo lugar en el mundo donde un creador de imágenes no pudiera cobrar vida e inteligencia, si quien lo utilizaba poseía alguna de esas dos cualidades, si tía Martha no estaba dormida, si tu amante no estaba en algún otro sitio, si el ayudante de compras de Comerciantes Unidos no estaba ocupado con otro de sus canales. O, y cada vez con mayor frecuencia, también estaban las tintineantes cascadas de máquinas que respondían a otras máquinas, los sistemas reaccionando ante los controles y, sólo en el último eslabón, los controles traduciendo la voz humana para sus máquinas.

Qué universo de balbuceos y trinos, pensó Laurent Michaelmas. Qué chillona cesta de mimbre se había tejido para contener el mundo. Pensó en Domino, que había empezado siendo un mero aparato para hablar con su mujer sin tener que pagar las tarifas telefónicas. Hay filtraciones, pensó con cierta diversión. Pero no importa. El recipiente es tan complicado que consigue atrapar incluso lo que se le escapa. Las filtraciones van a parar a su misma fuente.

Pensó en Nils Hannes Limberg, cuya clínica atendía a medio mundo de personas que habían sufrido graves accidentes usando un cuadro de tarifas discretamente adaptables a los medios de pago de cada paciente. Y tales circunstancias, por supuesto, hacían que la clínica resultara más que conocida. Nils Hannes Limberg, propietario no sólo de una impresionante imagen de rectitud moral y gran investigador, sino también del ala más espaciosa de su sanatorio, con sus capacidades para regenerar el tejido de la dermis y revitalizar el tono muscular en las grandes personalidades públicas. Un anciano malhumorado que vestía un traje lleno de arrugas, que toleraba refunfuñando la grati-

tud de las primeras esposas de los grandes magnates, y que respondió secamente «Nunca veo la televisión» cuando le preguntaron si sentía algún orgullo especial ante el sorprendente y duradero ímpetu vital de Dusty Haverman. «¿Los pájaros guerreros del tiempo? ¿Que es una estrella de esa serie? ¡Ah, que es el actor más cotizado de toda la industria! No, no estaba enterado de eso... Comprenda, cuando están tumbados en mis mesas de operaciones no se dedican a recitar sus diálogos».

Habían pasado aproximadamente diez minutos desde que Nils Hannes Limberg, un anciano flaco con la piel llena de manchas marrones y venas azuladas, habló con el hombre de Reuter en el lenguaje que más cómodo les resultara a los dos. Y ahora, 2.000.000.000 de personas despiertas ya habían podido enterarse de qué había dicho, mientras que muchas personas más esperaban a despertar para saberlo. Nadie sabía cuántos ordenadores estaban enterados de sus palabras; nadie sabía cuántos microlitos soportaban su peso, cuántas teleimpresoras temblaban con ellas. ¿Qué persona en su sano juicio podría afirmar que algo escupido a través de tantas válvulas electrónicas, que había estremecido los corazones de tantas conexiones, tantas joyas de láser, tantos recipientes de fluidos carbonatados —tal cantidad de los más groseros gránulos de carbón, pensándolo bien—, no era uno de los más colosales factores del día actual?

En algún lugar de los ocupados por aquellos dos mil millones la tortura y el éxtasis podrían ser seguidos hasta llegar a las vibraciones de un altavoz determinado, a esa danza especial de electrones enfocados a través de una lente y un electrostato. Los espíritus, tanto buenos como malos, habían quedado libres en el sistema nervioso de quienes habían oído las noticias y habían partido luego para desempeñar misiones preparadas de antemano, misiones que ahora serían realizadas de una forma distinta a la que habría existido antes. Los precios de un millar de cosas subieron;

el dólar de todos se encogió, pero los dólares de algunos se multiplicaron. Hubo mujeres que lloraron, y amores en proyecto no llegaron a consumarse. Otras mujeres sonrieron, y unos cuantos desconocidos se encontraron. Los hombres se pusieron nerviosos y, ¿quién sabe lo que sucede cuando un hombre se pone nervioso? Laurent Michaelmas miró por su ventana, con apenas un millón de personas en su campo visual, y sintió cómo el fino vello de sus brazos se erizaba.

Meneó la cabeza y se volvió hacia su terminal.

—No tomes en consideración ningún dato sobre Norwood, empezando con el boletín de la Reuter. ¿Crees que Norwood está vivo?

—No. Toda esperanza de encontrarle, vivo o muerto, es irracional. Cada estudio hecho sobre el accidente de la lanzadera ha llegado a la conclusión de que el estallido del combustible elevó la temperatura del sistema muy por encima del punto de ignición de todos los componentes, tanto orgánicos como inorgánicos. Todos los estudios indican que la explosión se produjo de forma inesperada y todos los datos están de acuerdo con los estudios hechos por la CANU sobre las capacidades de aceleración de la cápsula de emergencia. Finalmente, están de acuerdo con las evaluaciones que hice para ti en aquel momento.

—Norwood se convirtió en parte de una bola de gases que se fue expandiendo a una gran temperatura. ¿Correcto?

—Sí.

—Por lo tanto, tu estimación actual de que Norwood vive se basa solamente en el boletín de la Reuter.

—Así es.

—¿Por qué?

—Sentido común.

—La Reuter no suele equivocarse y nunca miente. El doctor Limberg hizo esa declaración y no puede permitirse el lujo de mentir. ¿Correcto?